

# EL DEFENSOR DEL OBRERO

## ¡Siempre triunfador!

Yo no sé que tiene ni qué lleva consigo el sencillito relato de los prodigios y milagros obrados por el Santo Escapulario de la Virgen del Carmen, que siempre lo escuchamos con nuevo regocijo y devoción. Para que los casi infinitos devotos y admiradores, que esparcidos por todo el mundo tiene la Reina del Carmelo, no se priven de este espiritual regocijo, voy a relatar uno que sucedió en Madrid y del que que soy testigo ocular.

Se tuvo noticia por una de las señoras de la Conferencia de San Vicente de P.úl, que, en la calle de..., número..., piso..., vivía un comerciante venido de Buenos Aires, donde había hecho su capital, que pensaba acrecentarlo en Madrid; pero que a la sazón se hallaba gravemente enfermo de cuerpo y alma, pues debió a lo mucho malo que había leído, vivía separado hacia muchos años de las prácticas religiosas y no quería oír mentar a los sacerdotes, y mucho menos que se acercasen a su casa.

Imposible referir los extremos de paciencia y amabilidad puestos en juego por D. F. de A., que es la señora de la Conferencia, a fin de que se confesase el infeliz comerciante. Todo en vano porque una vez le nombró la confesión, la plantó en la calle. A fuerza de cariño, según Dios, y de poner en práctica aquello de que «la paciencia todo lo alcanza», de Santa Teresa, D. F. de A. volvió a la amistad de su enfermo; pero después que éste puso por base de la nueva amistad el que jamás le hablaran de confesión ni de «tonterías»: ¡Bueno estaba el hombre, aunque comerciante, para entrar en cuentas con Dios!

Pero miren mis lectores lo que son las cosas. Mucho veces no están el impío y el pecador para entrar (por supuesto por culpa suya) en cuentas con Dios, y lo están para entrar en cuentas y arreglos con la Madre de Dios y de los pecadores, que, por eso San Alfonso María de Ligorio dice a la divina Señora:

«Vos sois, oh Virgen Marial, la Reina de la misericordia; quiete-

nes sino los miserables y los pecadores son vuestros principales súbditos?»

En atención a eso, la bendita Reina del Carmen incluyó su cetro de misericordia hacia el comerciante descreído y le salvó con su Santo Escapulario.

Oigamos cómo esto se llevó a cabo:

Al anunciar los médicos que solo dos días viviría el enfermo, se acordó el que se le impusiera el Santo escapulario del Carmen. Pero ¿cómo entrar en su habitación a imponérsel? Pensar que dar su permiso para que un fraile carmelita se lo impusiera era pensar un imposible. Por fin, nos decidimos todos que yo entrase allá de rondón y sin previo aviso a la habitación del enfermo, acompañado de su esposa y de D. F., como que iba a hacerle una visita en nombre de los Adoradoras de Alociá, que rogaban mucho por él para que se pusiera bueno; cosa que le contentaba un poco.

Entramos y... ¡Santo Dios, qué cara me puso y con qué ojos más terribles me miró! Poco a poco se fueron éstos no dice amasando, pero sí templándose algún tanto, luego que empecé a mostrarle compasión y afecto. Allá al final de la visita, le indiqué que ya que la ciencia médica no daba con la cura de su enfermedad que le impondría el escapulario de la Virgen del Carmen, ya que Ella hace tantas curas milagrosas y lo puede todo.

Respuesta del enfermo:

Señor, haga usted el favor de dejarme, pues yo no quiero nada de eso.

—El que usted guste, pero ya que está aquí...

Dios no me puede a mí por ser bueno.

—Pero mire usted, a veces lo que no puede Dios, quiere el mismo Dios que lo quiera su Madre Santísima.

—Señor, se lo suplico a usted, dejeme que estoy muy débil y los médicos me recomiendan calma.

—Bueno, pues sí, nada de imponer el Escapulario... Lo que haré si usted me lo permite, será bendecirlo tan sólo para dejarlo aquí.

Como a esto nada me contestó, eché mano de la bolsa, que solemos los Carmelitas llevar a los enfermos, saqué el librito y el Escapulario, lo bendije y allí lo dejé, no sin volver la cabeza de vez en cuando al enfermo por ver si me echaba el jaito! Salí de la habitación, y adiós, adiós, dije a la familia, y hasta la tarde, si Dios quiere, que volveré por aquí.

Volví por la tarde lleno de esperanzas, creyendo que mi Virgen del Carmen (como suele hacerle otras veces, y a ello tiene acostumbrados a sus frailes Carmelitas) había recalentado aquel hierro frío y que nuestro enfermo estaría más blando que una cera deseando mi llegada para confesarse. No había tal cosa. Llegué, saludé, pregunté y me dijeron que el enfermo seguía como antes, firme en sus trece, y que lo único que había dicho era que el fraile le había sido simpático.

—¿Y nada más que esto? ¿Y de confesión, qué?

—De eso nada, y nosotros no nos atrevemos.

—Y del Escapulario ¿qué dice?

—El Escapulario sigue encima de la cama. Lo mira, de vez en cuando...

—Y una vez (añadió la esposa del enfermo) lo acercó al pecho.

—Vaya, esto ya es otra cosa. Y los médicos, ¿qué dicen?

—Se han marchado diciendo que mañana volverán para preguntar si hay enfermo, pues de esta noche no sale.

—¿Y ustedes con esa cachaza? ¿A qué esperan ustedes? Usted, su esposa, a decirle lo que ha dicho el médico, pero sin rodeos. Tras de usted entro yo a que se prepare para las confesión.

Quando yo entré estaba hecho una furia.— ¡Ah granujas! Ya decía yo que esos... me llevaban al sepulcro, y no me equivoqué.

—Bueno, D. N., le decía yo, ya usted ve y está convencido de que va al sepulcro. Ahora a ser valiente y a confesarse para ir al cielo.

—Ya avisaré yo cuando llegue la hora. Ahora no.

—Pero ¿qué hora ni qué?... Si está V. en la agonía.

—No está mi cabeza para allá...

—Ya le ayudaré yo. Usted no tiene que decir más que sí o no a algunas preguntas que yo le haga.

—Señor, yo no sé de qué manera decirle que me deje en paz. Cien veces se lo he dicho a V.

—Pues conste que no le dejo a V. Le amo a usted demasiado en Cristo para dejarme que se condene. Su esposa llorando por su condenación, y usted con esa terquedad aragonesa (era de allá), queriéndose condenar. Eso no puede ser, y no lo dejamos, y no lo dejamos.

—Y yo no me confieso, y yo no me confieso. En mi nadie manda.

¡Qué horror, ver que el pobre hombre se condenaba! Verdaderamente su aspecto era de tal.

¿Qué hacer en tan apurado trance? Yo bien sé que si que muere con el Escapulario del Carmen impuesto, se salva. Pero como no quería que se le impusieran.

La mujer, hecha un mar de llanto, le suplicaba que mirase la deshonra tan grande que venía a la familia si no se confesaba; pues que no lo enterrarían en sagrado.

El enfermo seguía como si tal cosa, insensible a todo.

—Bueno, bueno, le dije en resumidas cuentas; haga usted lo que quiera. Eternamente le pensaré a usted el no haberse confesado. Pero antes de marcharnos ya que está bendito, el Escapulario se lo voy a imponer.

Como nada dijo, se lo impuse. Y ¡oh prodigio de la misericordia y del poder de la Virgen del Carmen! En el momento en que pronunciando yo aquellas palabras de la imposición: *Accipe hunc habitum benedictum proscantes Sanctissimam Virginem, ut ejus munitis illum perferas sine macula, et te ad omni adversitate defendat atque al viram perdurar aeman, Amén*, tocaba, ¡tan solo tocar! el santo Escapulario en el pecho y las espaldas del enfermo, este bajó los ojos como quien siente sobre sí el peso de la misericordia de la Virgen y noté algo insólito en él, y dije a su mujer que saliera; me acercó más al enfermo, y le digo al oído